

CÓMO CONSTRUIR UNA BARCA

Jonathan **Gornall**

**UNA ODA AL TRABAJO MANUAL,
UNA DECLARACIÓN DE AMOR AL MAR,
UN EMOTIVO RELATO SOBRE LA RELACIÓN PADRE-HIJA**



Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

Jonathan Gornall

Cómo construir una barca

Traducción del inglés por
Ramón Buenaventura

Título original: *How to Build a Boat*

© Jonathan Gornall, 2018

© por la traducción, Ramón Buenaventura, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

© Imágenes del interior: Cortesía de Simon & Schuster UK

El gráfico de la página pág. 9 está tomado de la *Enciclopedia General del Mar*.
Tomo II. Ed. Garriga, 1982

Revisión técnica: Juan Antonio Guerrero

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-322-3531-3

Depósito legal: B. 11.711-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

NOTA: El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

11 *Prefacio*

13	1. Querida Phoebe
25	2. Panorama desde un puente
31	3. Retirada de Suez
51	4. Sin rumbo
67	5. Barca roja
81	6. Un encuentro casual
103	7. La Liga de los Expertos Muertos
121	8. Saluda a mi amiguito
133	9. Para empezar, toma tu árbol
145	10. Primer corte
167	11. Ridícurus
177	12. Rompecabezas
195	13. Torcido, pero vale
217	14. ¡Rumbo este!
235	15. Allá va
257	16. Clavándolo
269	17. El casco y vuelta a empezar
287	18. Piratas y hadas
305	19. Hay que hacerlo muy muy despacito

315	20. El lado del sol otra vez hacia arriba
327	21. Regreso a Suez
351	22. Una barca por fin
365	<i>Epílogo</i>



1

QUERIDA PHOEBE

Aprovecha la ocasión, y no tendrás que lamentarte de lo que habría podido ser.

We Didn't Mean to Go to Sea,
ARTHUR RANSOME

16 de agosto de 2016

Si echo la vista atrás, supongo que en su momento la decisión de construirte una barca me parecería una idea verdaderamente fantástica. ¿Me detuve, aunque solo fuera por un instante, a considerar que tu papá —un hombre moderno de manos finas, un hombre de despacho, con pocas herramientas, de limitados talentos prácticos y con un ignominioso historial de bricolajes desastrosos— podía no poseer las habilidades necesarias?

Han pasado más de dos años y no resulta fácil recordarlo. Lo que sí me consta es que en las semanas y meses posteriores a tu nacimiento me encontraba en una situación rara, insólita. Puede resultar extraño, pero lo que me preocupaba entonces no eran las dificultades a las que tendría que enfrentarme para criar a una hija a mi edad.

Dando vueltas por mi casa, tras una noche de insomnio, con esta nueva vida preciosísima en los brazos, mi brújula mental oscilaba bruscamente entre la excitación cargada de sentimientos y las meditaciones enfermizas sobre tu futuro y —como padre por segunda vez, a los cincuenta y ocho años— mis posibilidades de desempeñar mucho papel en él.

No era una preocupación totalmente desprovista de fundamento. En febrero de 2012, tras experimentar unos leves dolores en el pecho mientras corría, me vi sometido, de modo totalmente inesperado, a una operación de baipás coronario múltiple en un hospital de Dubái, donde trabajaba como periodista. De poco me había valido una vida entera sin fumar, comiendo y bebiendo siempre con sensatez y haciendo ejercicio con regularidad —obsesivamente, para algunos—. Remar, correr, nadar, triatlón... todo ello había desempeñado un papel importante en mi vida y en mi noción de mí mismo. Pero, al parecer, nada de ello bastó para desactivar la bomba de tiempo de la hipercolesterolemia familiar, un defecto genético que comienza a recubrir de mugre las arterias desde temprana edad. De ahí, quizá, que Bert, tu bisabuelo materno, falleciera en 1946 víctima de una trombosis coronaria, a los cincuenta, a pesar de haberse pasado años racionando estrictamente su ingesta de alimentos susceptibles de parar el corazón. Gracias a un cirujano sudafricano y al moderno milagro de las estatinas, yo ya he vivido diez años más que él.

La implantación de un baipás duele bastante, y durante varios meses, además. Algo tiene que fastidiarte, digo yo, que te abran el pecho de la garganta al esternón y que te saquen metros de venas de las piernas. Del baipás no te olvidarás nunca, desde luego, pero lo cierto es que

te permite seguir viviendo, sobre todo si cuando te lo ponen estás en forma y te conservas bien, como me ocurría a mí, a los cincuenta y seis años. O sea que a lo mejor sí, a lo mejor sí sirvió de algo tanto ejercicio, tanto remar, tanto correr, tanto nadar, etc. Doce semanas después estaba de vuelta en Inglaterra y —no sin precaución, al principio— corriendo al sol de finales de primavera por una orilla fluvial de Suffolk. Fue uno de esos días en que se siente uno a gusto en la vida.

Pero fue tu llegada, dos años y dos meses después de la operación quirúrgica, la que de veras me dio ocasión de sacarle el máximo partido a mi prórroga vital. Fue también una especie de segunda oportunidad. Tengo un hijo, Adam, de mi primer matrimonio, y él tiene dos hijos —sobrinos tuyos, siete y ocho años mayores que tú—. A ti te llaman «tita Phoebe» y a mí «abuelo Jonny». Familia moderna.

La buena noticia, para ti, es que ahora papá ha tomado la decisión de ejercer la paternidad mucho mejor que la vez anterior. Cuando me casé con la madre de Adam era un chico de veintiún años, totalmente inmaduro; y no había madurado mucho, cinco años más adelante, cuando nos nació el niño, en 1981. Me recuerdo recorriendo la habitación con él en brazos —le pasaba lo que a ti: no había otro modo de dormirlo—, pero no recuerdo mucho más de aquellos tiempos. Su madre y yo nos separamos cuando él tenía dos años, y Adam pasó la mayor parte de sus primeros años al otro lado del Atlántico, con ella. Me avergüenza decirlo, pero en aquel momento fue una especie de liberación. Pasamos algunas vacaciones juntos, pero vi muy poco a Adam hasta sus quince años, cuando se vino a vivir conmigo a Inglaterra.

En algún momento de los treinta y seis años transcu-

rridos desde el nacimiento de Adam debo de haber madurado de una vez, porque nada más entrar en contacto contigo la mera idea de pasar un día sin verte, no digamos meses, me resultó inconcebible. Y la idea de que le había vuelto la espalda a mi hijo de dos años durante todos aquellos años me llenó de vergüenza y arrepentimiento.

Pero junto con esa enormísima dosis de amor incondicional que me sobrevino con tu nacimiento, y que aún puede hacer que se me salten las lágrimas sin previo aviso, en cualquier momento, también fui consciente de una nueva sensación: el miedo.

Nunca antes me había intimidado la muerte con su guadaña: no mientras trataba de mantenerme a flote en mitad del Atlántico, ni siquiera ante el bisturí del cirujano en Dubái. Pero ahora que mi vida, de pronto, de golpe, ya no era solo asunto mío, sí que me entró el miedo. Sobre todo cuando me di cuenta de que, si vivía lo suficiente, tendría setenta años cuando tú empezaras la enseñanza secundaria.

Perdóname, cariño. Los niños pueden ser muy crueles. Pero ya no me cabe duda de que a ti no te faltarán ni la inteligencia ni las fuerzas para enfrentarte a la situación... Aunque, claro, si así lo prefieres, tampoco me importará dejarte una bocacalle antes, cuando te lleve al colegio.

¿A qué edad empiezan los niños a almacenar recuerdos que les duren toda la vida? Hay —qué sorpresa— división de opiniones entre los expertos: unos dicen que a los tres años y medio, otros que a los seis. Sea cuando sea, lo que me consta es que un día, más bien pronto que tarde, yo no estaré a tu lado. ¿Cómo, pues, rebasar los límites del tiempo para recordarte que tuviste un padre que te amaba incondicionalmente y cuyo único deseo, para el

resto de su existencia, era poder proporcionarte lo que te hiciera falta para vivir tu vida con sabiduría, coraje, compasión e imaginación?

Supongo que podría haberme limitado a escribirte una carta, o grabarte un vídeo, para que lo vieras en tu móvil cuando tuvieras edad para ello. Ensayé mentalmente ambas cosas, muchas veces, esforzándome en hallar un tono más o menos intermedio entre el alarde de bravura y la más sensiblera pena de mí mismo.

Y luego, de golpe y porrazo, se me ocurrió: «Te construiré una barca».

Ya lo sé, ya lo sé: qué cosa tan obvia, ¿no?

La idea me vino a la cabeza durante tus primeros meses de vida, mientras daba vueltas por nuestro apartamento con vistas al río Stour a su paso por Mistley, contigo dormida en brazos —o, mejor dicho, contigo boca abajo en un brazo, con las manos y los pies colgando a los lados, y con tu suave carita en el cuenco de mi mano—. Durante mucho tiempo, ese fue el único modo de dormirte: según decía mamá, igual que una cachorrita de tigre, agarrada a la rama del brazo de papá. Añoro esas noches.

A pesar de encontrarme en un estado de angustia existencial, confuso y privado de sueño, era consciente de que para un periodista independiente y de despacho, carente de la pertinente formación profesional, y con una pequeña tigresa y una hipoteca que mantener, la decisión de construirte una barca no parecía totalmente dictada por el sentido común. Pero, replica mi antagonista interior, ¿desde cuándo es necesaria la aprobación del sano juicio y su aburrida burocracia para sacar adelante un proyecto del corazón?

Una barca. Durante aquella noche tan especialmente

larga la idea parecía incluir todo lo que yo deseaba decirte de la vida, del amor, de la historia, de tu propia historia, de la independencia, el aguante, la belleza auténtica, el valor, la compasión, la aventura... De hecho, se preguntaba mi enajenada mente, ¿qué inestimable lección podía *no* aprenderse en un aula así?

Por la mañana, mientras desayunábamos, traté de explicárselo todo a mamá. Ocupada contigo, hizo notables esfuerzos para atender un poco a lo que le estaba diciendo, pero yo mismo, mientras hablaba, era consciente de que la racionalidad que había evidenciado el proyecto durante la noche se estaba evaporando a la luz del día. Pero así y todo. Desde el momento mismo en que se me ocurrió la idea, no hubo marcha atrás.

Creo que de esto podría sacarse en limpio algo parecido a: «No hagas las cosas solo porque sean fáciles de hacer o porque tengan una aparente utilidad práctica». O quizá: «No tomes decisiones de gran importancia cuando tienes el equilibrio mental alterado por una extremada falta de sueño».

Total, que fue la angustia existencial lo que puso la semilla, pero quien la nutrió y la regó fue un linograbado de la cubierta de un librito que llevaba años, sin que nadie se fijara mucho en él, en la estantería de detrás de mi mesa de trabajo. Tú ya lo conoces —de hecho, seguramente lo has mejorado con algún que otro dibujo acertado—. *Muchacho construyendo una barca* —una de las ocho ilustraciones de una reimpresión de 1990 de un poema de Rudyard Kipling en que se celebra el antiguo oficio de la construcción naval— es un grabado realizado hace treinta años por James Dodds, constructor naval de Essex que se pasó a las artes. Muestra a un muchacho trabajando en una pequeña barca de casco trincado, en

una playa de guijarros; una playa que se halla a pocos kilómetros de nuestra casa y que fue donde tú diste algunos de tus primeros pasos.

Con un serrucho en la mano, el joven constructor acaba de levantar la cabeza mientras trabaja, haciendo una pausa para ver pasar un pesquero con todas las velas desplegadas, como soñando con las aventuras en las que pronto participará a bordo de la barca que está creando.

Muchacho construyendo una barca se me había antojado satisfactoriamente inofensivo, una encantadora añadidura a una colección de libros, grabados y cartas de navegación enmarcadas que daban muestra de la fascinación que toda su vida ha sentido papá por el mar y por nuestra costa este, tan azotada por las olas. Pero ahí sentado ante el teclado, desentendiéndome de la hipoteca, cada vez me detenía con más frecuencia en mitad de una frase para mirar el grabado, como inmerso en un ensueño personal.

No es que esté insatisfecho con lo que hago para ganarme la vida. A fin de cuentas, ser periodista independiente tiene sus desventajas —noches de acostarse tarde, demasiado café, jefes de redacción muy volubles con sus encargos y nada realistas en las fechas de entrega, sobre todo— pero tampoco vamos a compararlo con trabajar en una mina, por ejemplo. Normalmente no te tienes que restregar a fondo las manos para limpiarte la porquería de una jornada laboral, y no es nada probable que te quedes enterrado vivo ni que te mate algún gas venenoso —no me hace falta tener un canario en el despacho—. Por lo general, trabajo sin pasar frío ni mojarme, bebiendo cafés, mordisqueando galletas y, muchas veces, charlando con gente motivadora que acaba de hacer algo muy interesante. O sea que sí, que me gusta mi trabajo de observador de la vida. Pero...

Calladamente al principio, la pequeña imagen se puso a hablarme; y quien la escuchaba —con atención— era esa parte de mí que la paternidad tardía había vuelto sensible tanto a la sugestión mágica como a la premonición existencial.

«¿Podrías hacer esto? —parecía susurrar—. ¿Serías capaz, tú, con tus manos suaves y tu existencia enmarcada en una pantalla digital, crear algo tan perfecto y bello y sin embargo extremadamente funcional como esto, hecho con la madera de unos árboles que brotaron de la tierra mucho antes de que naciera tu abuelo?»

Me pareció una buena pregunta, que atinaba de lleno en el significado de ser un humano moderno en el mundo occidental, cada vez más divorciado, por causa de la tecnología, de los modos y capacidades que moldearon a nuestros predecesores. Ahí va un dato concreto, recién pescado en el estanque de genealogía amateur de *¿Quién crees que eres?*¹ soy el primer hombre del lado materno de mi familia que no se gana la vida con las manos (si no tenemos en cuenta los dos dedos que utilizo para escribir en el teclado ni la ya muy olvidada taquigrafía, y, francamente, no creo que sean dignos de consideración). En las seis últimas generaciones ha habido un estibador, un par de impresores, un tendero, un curtidor e incluso un carpintero, Edwin Wilson Sleep Ismay, nacido en 1834, y tataratatarabuelo tuyo. Y tu aún más tataratatarabuelo, John Johnston, nacido en 1778, era zapatero.

Para mí, sin embargo, trabajar con las manos no ha implicado otra exigencia física o creativa que la necesaria

1. *Who Do You Think You Are?* es una serie de televisión británica en cada uno de cuyos capítulos un famoso expone y comenta su genealogía. Hay también una versión estadounidense. (N. del t.)

para cambiar los cartuchos de tinta de la impresora. No soy el único, claro. ¿Cuál de las muchas cosas cotidianas que nos rodean seríamos capaces de fabricar? ¿La mesa? Una muy tosca, quizá. ¿El cuenco de cristal? Seguro que no. ¿Una bombilla? ¿El iPad? ¿Una barca? Olvídate. Situamos el puntero, pinchamos y algo que no comprendemos, ni nos hace falta entender, se materializa delante de nuestra puerta como por arte de magia. *Muchacho construyendo una barca*, por otra parte, evoca una época en que la gente sí que fabricaba cosas.

De modo que sí, que tomé la decisión: no solo *podía* hacerlo, sino que debía hacerlo. Y cuanto más lo pensaba, más me parecía el regalo más sensato y más apropiado que podía ofrecerte.

Quiero entregarte el mar, mi niña querida, para que lo ames como yo lo he amado, por su belleza y por su dramatismo y por esa promesa que se extiende más allá de su horizonte y que nos acelera el pulso. Puede que el mejor atributo del mar consista en no ser la tierra, ese lugar cubierto de cicatrices, asediado por el ruido vacío y las cosas huecas de la vida moderna. Poner la mente en el mar es, por el contrario, dejarla que se mueva en libertad sobre un territorio ilimitado por el que han pasado antes muchísimos seres humanos, camino del gozo o de la tragedia, del triunfo o del desastre, sin que ninguno de ellos dejara nunca huella alguna. Como tal, el mar es el aliado incondicional de la imaginación.

Y ¿qué mejor manera de darte acceso a este lugar contemplativo que regalándote una barca? No una de esas que pueden comprarse, o producidas en masa, o hechas de plástico, sino una barca tradicional, de madera, que tu padre, a pesar de su desesperante escasez de medios, ha hecho solo para ti, plantando cara a su falta de

talento, en una época como esta, donde tan poca gente hay que sea capaz de hacer algo.

Será un regalo, para ti y para mí, pero también una lección de vida: una cosa de belleza inherente que carece de propósito real y, por ende, puede tener muchos propósitos. Y mediante el improbable acto de hacer una barca, por tosca que resulte al final, espero dotarte no solo de un gozoso juguete, sino también de un punto de referencia, un santuario intemporal en que aislarte del caótico agolpamiento de presiones que constituye la existencia moderna. Quizá te ayude a comprender que el éxito no debe medirse solo por la fama o la fortuna —estrechos parámetros de nuestra chata edad digital—, y que de cuando en cuando no solo es permisible, sino quizá vital, hacer cosas nada más que por hacerlas, o tratar de conseguir aquellas que parecen inalcanzables.

Me doy cuenta ahora de que eso es mucho pedirle a una mera «cosa», pero es que una barca es una cosa increíble, extraordinaria, como espero que llegues a descubrir. Tengo la esperanza de que en sus líneas y maderamen graciosos, impregnados de amor, sudor y, muy probablemente, algo más que un poco de sangre de tu papá, puedas leer un conjunto de ideales y una promesa de posibilidades que te ayuden —y quizá, si me sale lo suficientemente bien para seguir a flote durante mucho tiempo, también ayude a tus hijos— a seguir por la vida un derrotero amable, pero atrevido, respetando los logros del pasado, manteniéndote escéptica ante las promesas del presente y poniendo tu entusiasmo en las posibilidades del futuro

Vale, es verdad, quiero que aprendas a hacer un as de guía, a leer una carta, a fijar el rumbo, a virar en redondo, a arrizar una vela y todo lo demás; pero tanto como me-

dio de ensanchar tus horizontes como por dominar los antiguos talentos requeridos para viajar de A a B solo con la ayuda mágica del viento. Deseando estoy que llegue pronto el día en que descubras por ti misma la simple y pura diversión que ello supone.

¿Y si rechazas el mar y todo lo navegable? Pues también me parecerá bien, porque es tu vida, a fin de cuentas, y debes vivirla como mejor te cuadre. Si ello ocurre, piensa en la barca como una mera metáfora de lo que espero para ti: que crezcas con la valentía de extender tus aspiraciones más allá de tus límites, que estés convencida de que puedes lograr todo lo que te propongas, que es mejor intentarlo y fracasar que no intentarlo. Y la barca... regálase a alguien que la aprecie, o várala en el jardín y llénala de tierra y de flores. O patatas, si prefieres las patatas.

Me quedaría yo corto, sin embargo, si no jugara mi baza a favor de la aventura, en la que una barca puede ser el mejor de los cómplices. La auténtica aventura puede enseñarnos muchísimo sobre nosotros mismos y sobre el mundo que nos rodea, y, sin embargo, en esta época de viajes fáciles y experiencias empaquetadas de fábrica, cada vez resulta más difícil vivirla. A no ser, claro, que sea uno dueño de una pequeña barca y que tenga a mano un par de ríos en que navegar. Digo yo. Y también: si me viera limitado a brindarte un solo consejo, sería este: que al menos una vez en tu vida te subas a una barca y remes o navegues hasta perder de vista la tierra. ¿Por qué? Ya lo verás.

La pasión de papá por las embarcaciones y la navegación aventurera no se ha visto en modo alguno oscurecida por sus dos intentos fallidos de cruzar el Atlántico—desarmado el primero por un derrumbe moral ante la soledad, y el segundo por el último coletazo de un hura-

cán—. De hecho, antes de que tú llegaras en abril de 2014, estaba dándole vueltas a la idea de una tercera confrontación, afortunada, con el Atlántico, o sea que gracias por habérmelo evitado. Ahora, sin embargo, nada más alejado de mis intenciones. Estoy en casa, a distancia del agua, rescatado por el amor de tu madre y el todopoderoso amor que te tenemos. No volveré a poner a prueba la paciencia del mar, ese desapasionado «cómplice de la inquietud humana», según Conrad. Y, por otra parte, ¿cómo podría mirarme a la cara si zarpase y muriera, desposeyéndote prematuramente de tu papá en el transcurso de una aventura marítima descerebrada y egoísta?

Y, por consiguiente, optando por lo más relativamente juicioso, decidí construirte una pequeña barca de madera, una cosa bella y plena de sentido, enraizada en la tradición de esta costa este donde vivimos, desde la cual quizá podamos partir tú y yo alguna vez, en busca de una pequeña gran aventura que sea solo nuestra, un inolvidable viaje de descubrimiento que atesorar hasta el fin de nuestros días.

No sé muy bien cuándo zarparemos. ¿A tus cuatro, a tus cinco años? Algo tendrá que decir mamá al respecto, sin duda alguna. Pero, sea cuando sea, al embarcarme en esta descabellada misión de construirte una barca (o, quizá, una cáscara de nuez excesivamente trabajada), de lo que estoy seguro es de que —igual que ese muchacho mientras construye su barca de casco trincado en la playa de guijarros— me pasaré los meses siguientes soñando con este mágico día, y ello será lo que me sostenga.